

saya, que se enrollaba en los pantalones de Andrés, y Barrolo, extasiado, palmoteaba cariñosamente, gritando:

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Lindísimamente! ¡Bravísimo!



VII

RECOGIÁSE Gonzalo leyendo la *Gaceta de Oporto*, cuando vió en el banco de piedra, junto á la puerta de la cocina, donde Rosa mudaba el panizo al canario, á Casco, el de los Bravaes, que esperaba pensativo con el sombrero sobre las rodillas. Para esquivarse, ocultóse tras el periódico. La sombra del hombre avanzaba en la claridad fascinante del patio como asustada... Animado por la vecindad de Rosa, paróse forzando una sonrisa, mientras Casco enrollaba en las manos trémulas el ala dura del sombrero, balbuceando:

— Si el hidalgo me hiciese la limosna de una palabra...

— ¡Ah, es usted, Casco! Hombre, no lo conocí. ¿Qué hay?

Dobló el periódico tranquilizado, gozándose en la sumisión de aquel valiente, que tanto le atemorizara en la soledad del pinar. Casco titubeaba y reteniendo las lágrimas que le saltaban, murmuró una súplica sollozante:

— ¡Ay, hidalgo, perdóneme, que yo no le sé pedir perdón!

Gonzalo atajó al hombre con generosidad y dulzura. El bien se lo avisara. No se adelanta nada amenazando con un palo.

— Y mire, Casco. Cuando usted me salió al pinar, llevaba yo un revólver en el bolsillo... Traigo siempre ese revólver. Desde que una noche en Coimbra, en el Choupal, me asaltaron dos borrachos, siempre llevo revólver. Figúrese si llevo á disparar. ¿Qué desgracia, eh? Felizmente pensé que me perdía, que lo mataba, y huí. Por eso huí, por no descerrajarle un tiro... En fin, todo pasó. Yo no soy hombre de odios y ya olvidé. Usted ahora, sosegado y en su juicio, olvide también.

Casco amasaba las alas del sombrero, con la cabeza gacha, y sin osar levantarla, ronco por los sollozos:

— Pues ahora, mi señor, soy yo el que me duelo de aquella bestialidad. Ahora, después de lo que el hidalgo hizo por la mujer y por el pequeño.

Gonzalo sonreía, encogiendo los hombros:

— ¡Qué tontería, Casco! Su mujer vino aquí una noche de agua. Y el pequeñito, doliente y con fiebre... ¿Cómo va Manolillo?

Casco murmuró, desde el fondo de su humildad:

— Loado sea Dios, mi señor: muy sanico.

— Ponga el sombrero. Ponga el sombrero, hombre. Y adiós. Usted no tiene nada que agradecerme, Casco... Y mire. Traiga acá un día al pequeño. Me gustó el pequeño. Es listillo.

Casco no marchaba, pegado á las losas. Por fin, atrevióse á murmurar:

— Es que yo no sé cómo decirle. Tengo mal genio, hice una atrocidad, con el cuerpo la pagué. Y pagué poco, gracias al hidalgo. Pero después, cuando salí, cuando supe que la mujer viniera de noche á la Torre, y que el hidalgo hasta la envolviera en un impermeable, y que no dejara salir al pequeño...

Paróse, ahogado por la emoción, y como Gonzalo, también conmovido, le batía risueñamente en el hombro «para acabar ya de comentar esas bagatelas», Casco rompió á hablar con voz lamentosa:

— Es que el hidalgo no sabe lo que para mí es aquel pequeño. Desde que Dios me lo mandó, tengo por él una pasión que parece mentira. Mire que la noche que pasé en la cárcel de la villa no dormí... y, Dios me perdone, no pensé en la mujer, ni en la pobre vieja, ni en la poquita tierra que amaño. Pasé la noche entera gimiendo: «¡Ay, mi querido hijo! ¡Ay, mi querido hijo!» Después, cuando la mujer me dijo, por la carretera, que el hidalgo quedara con él en la Torre y le diera la mejor cama, y mandara recado al médico... Y después, cuando supe por el señor Benito que el

hidalgo subía de noche á ver si estaba bien cubierto, y lo arropaba. . .

Arrebatadamente gritó llorando: «¡Ay, hidalgo! ¡Ay, hidalgo!», Casco agarró las manos de Gonzalo, que besaba y rebesaba, llenándolas de gruesas lágrimas.

— Casco, no sea bobo. Déjese de llantos.

— Yo no sé decirle lo que siento; yo no sé hablar. Pero si de hoy en adelante, sea para lo que fuere, el hidalgo necesita de la vida de un hombre, aquí tiene la mía.

Gonzalo extendió la mano al labrador muy sencillamente, como un Ramires de otro tiempo recibiendo la pleitesía de un vasallo:

— Gracias, Casco.

— Que Dios nuestro Señor lo bendiga.

Gonzalo, perturbado, subió por la escalera del corredor, mientras Casco atravesaba el patio con la cabeza levantada, como hombre que debe y que pagara.

Ya en la librería, Gonzalo pensaba: «Ahí está testimoniado cómo en este mundo sentimental se ganan agradecimientos gratuitamente». Porque, al cabo, ¿quién no impediría que una criatura con fiebre afrontase de noche una carretera negra, bajo la lluvia y el vendaval? ¿Quién no lo cuidaría, quién no lo metería entre cobertores para hacerlo sudar? Y por esos cuidados, por esa cama, corre el padre temblando y llorando á ofrecer su vida. ¡Ah, qué fácil es ser rey, y ser rey popular!

Esta certeza le animaba más á obedecer las recomendaciones de Cavalleiro y comenzar inmediatamente sus visitas á los electores influyentes, esas aduladoras visitas que asegurarían la elección por una unanimidad arrogante. Al terminar del almuerzo, sobre el mantel, retirando los platos, copió la lista de esos magnates, por una nota que le facilitara Juan Gouveia. Eran el doctor Alexandrino; el viejo Gramilde, de Ramilde; el padre José Vicenta de la Finta; otros menores: y Gouveia marcara con una cruz, como el más poderoso y más difícil, el vizconde de Río Manso, que disponía de la inmensa feligresía de Canta-Piedra. Gonzalo conocía á esos señores (con todos anduviera, en otro tiempo, el papá endeudado), pero nunca encontrara al vizconde de Río Manso, un viejo brasileño, dueño de la quinta de la *Varandiña*, donde vivía solitariamente con una nieta de once años, linda Rosina que llamaban el «botón de Rosa», la heredera más rica de toda la provincia. Esa tarde en Villa-Clara, pidió á Juan Gouveia una carta de presentación para Río Manso.

— Usted no necesita carta. ¡Qué diablo! Usted es el hidalgo de la Torre. Llega, entra y conversa. Además de eso, en la elección pasada Río Manso ayudó á los Regeneradores; de modo que estamos un poco indispuestos. Río Manso es muy amigo de salirse con la suya. Pero, Gonzaliño, conviene comenzar esa caza de popularidad.

Aquella noche, en el casino, el hidalgo, comenzando esa «caza de popularidad», aceptó un convite del comendador Román Barros (del pesadote y burlesco Barros) para una comilona fastuosa con que él celebraba, en su quinta de la *Roqueira*, la fiesta de San Román, y esa semana, y después otra, gastólas por Villa-Clara animando electores, hasta el punto de comprar horrendas camisas en la tienda de Ramos, de encargar un saco de café en el comercio de ultramarinos de Tello, de ofrecer el brazo, en el paseo, á la enojosa mujer del borrachísimo Marques Rosendo, y de frecuentar con el sombrero hacia la nuca el billar de la calle de las Pretas. Juan Gouveia no aprobaba estos excesos, aconsejando visitas, con todo el *chic*, á los influyentes serios. Pero Gonzalo bostezaba, en la insuperable pereza de afrontar la maledicencia del viejo Gramilde ó la solemnidad forense del doctor Alexandrino.

Agosto terminaba; y por veces en la librería, Gonzalo, rascando desconsoladamente la cabeza, consideraba las blancas cuartillas y el capítulo tercero de la *Torre de Don Ramires* encallado... Pero con aquel calor, con aquel afán electoral, no podía mezclarse en las eras alfonsinas.

Cuando las tardes lentas refrescaban, montaba y daba un paseo por las feligresías, no descuidando las recomendaciones de Cavalleiro, y llenando siempre los bolsos de almendras para los rapaces. En una carta á Andrés, confesaba que

«su popularidad no crecía, no aumentaba. No: viejo amigo, no tengo el don. Apenas si sé conversar familiarmente con los hombres, llamar por su nombre á los viejos, que toman el sol á las puertas, jugar con la pequeñada, y si encuentro una boyerina con la saya rota, darle cinco reales para una saya nueva. Ahora bien, todas estas cosas tan naturales las hice siempre naturalmente, desde joven, sin que me conquistasen influencia sensible. Necesito, por lo tanto, que me empujes con tu brazo poderoso y diestro. . . »

Una tarde, encontrando junto á la Torre al viejo Cosme de Nacejas, y después un domingo, á las *Aves-Marias* por *Bica-Santa*, á Adrián Pinto, del lugar de Levada, ambos labradores considerados y muñidores electorales, solicitara sus votos, asombrándose de la prontitud, del fervor con que ambos se le ofrecieran. «¡Para el hidalgo! Desde luego que sí. Aunque se votase contra el Gobierno, que es el Padre», y en Villa-Clara, con Gouveia, Gonzalo deducía de estas ofertas tan acaloradas «la inteligencia política de la gente del campo».

— Está claro que no es por mis lindos ojos. Saben que yo soy hombre capaz de hablar para defender los intereses de la tierra. . . Sanches Lucena no pasaba de ser un consejero muy rico y muy sesudo. Esta gente quiere diputado que hable, que se imponga. Votan por mí, porque soy una inteligencia.

Gouveia volvíase contemplando pensativamente al hidalgo:

— ¡Hombre, quién sabe! Tal vez sea por sus lindos ojos.

En uno de esos paseos, un abrasado viernes, con el sol todavía alto, Gonzalo atravesaba el lugarejo de la Velleda, en el camino de Canta-Piedra. Al final de las casucas que se aprietan á lo largo de la carretera, frente á la iglesia, está la taberna famosa «de Pintaiño», donde el conejo guisado atrae mucha gente en los días de la feria de Velleda. Esa mañana, *Titó*, después de una madrugada á las perdices en Valverde, vino á la Torre para almorzar, aullando de hambre. Era viernes, y Rosa preparara una pescada con tomates, y después un bacalao asado, formidables, y Gonzalo, torturado toda la tarde con sed, paróse ávidamente delante del portón de la venta, llamando á Pintaiño.

— ¡Señor Gonzalo Mendes!

— ¡Pintaiño, déme de prisa una sangría, una sangría bien fresca, que me muero!

Pintaiño, viejote rollizo de cabello amarillo, no tardó en llevarle la copa apetitosa y honda, donde boyaba en la espuma del azúcar una rodaja de limón, y Gonzalo saboreaba la sangría con inefable delicia, cuando, de la ventana de la taberna partió un silbido lento, fino y trinado como el de los arrieros que animan á las bestias á be-

ber en los riachuelos. Gonzalo detuvo la copa, asustado. A la ventana asomara un rapaz airoso, que, con los brazos cruzados y la cabeza levantada, en un descarado modo de desafío, lo miraba atrevidamente. El hidalgo reconoció en seguida aquel cazador que ya una tarde, en el lugar de Nacejas, al pie de la Fábrica de vidrios, lo mirara con arrogancia, y que otro día le amenazara. Era él. Como si no percibiese el ultraje, Gonzalo bebió apresuradamente la sangría, dióle á Pintaiño una moneda de cobre y espoleó la yegua. Entonces partió de la ventana una risa cacareada que le restalló sobre las costillas como una fusta. Gonzalo salió á galope, y más adelante, en el refugio de un castañar, pensaba todavía trémulo: «¿Quién será ese desvergonzado? ¿Y qué le hice yo, Santo Dios...?» Al mismo tiempo todo su sér se desesperaba contra aquel desgraciado *miedo*, encogimiento de carne, contracción de la piel, que siempre ante un peligro, una amenaza ó un bulto saliendo de la sombra, lo impelía furiosamente á escapar. Porque á su alma no le faltaba arrojo. Pero era el cuerpo, el traicionero cuerpo, quien tembloroso, espantado, huía, arrastrando el alma, mientras dentro el alma braveaba.

Entró en la Torre mortificado, envidiando la brutalidad de sus criados, rumiando un rencor sombrío contra aquel bestia, que denunciaría á Cavalleiro y enterraría en una cárcel. En el co-

redor, Benito le desbandó estos pensamientos apareciendo con una carta «que trajera un mozo de la *Feitosa*. . .»

— ¿De la *Feitosa*?

— Sí, señor, de la quinta del señor Sanches Lucena, que Dios haya. Dice que viene de parte de las señoras.

— ¡De las señoras! ¿De qué señoras?

Sin orla de luto la carta, no podía ser de doña Ana. . . Pero era de doña María Mendoza, que firmaba: «prima muy amiga, María Severim», Sorprendido por esta nueva, leyó, distrayéndose de lo de la venta de Pintaiño, y de la afrenta: «Mi querido primo: Estoy hace tres días aquí con mi amiga Anita, y como pasó el mes de luto y ya puede salir (y hasta lo necesita porque está muy flaca), aprovecho la ocasión para recorrer estos alrededores, que dicen ser tan bonitos, y que yo conozco muy poco. Intencionamos ir el domingo á visitar Santa María de Craquéde, donde están los túmulos de los antiguos tíos Ramires. ¡Qué impresión me va á hacer! Mas, á lo que parece, además de los túmulos del claustro, hay otros todavía más antiguos que fueran derribados en tiempo de los franceses y que quedan en un subterráneo donde no se puede entrar sin licencia y sin que traigan la llave. Pídole, pues, querido primo, que dé órdenes para que el domingo podamos bajar al subterráneo, que todos consideran muy interesante, porque todavía allá quedan

huesos y armas. Si en la Torre hubiese una señora, yo misma iría á pedírsela. Pero no puede visitarse á un solterón tan peligroso. Cásese de prisa. De Oliveira buenas noticias. Créame siempre, etc.»

Gonzalo encaróse con Benito, que esperaba interesado ante aquel asombro del señor doctor.

— ¿Tú sabes si en Santa María de Craquéde hay túmulos en un subterráneo?

El asombro fué entonces de Benito:

— ¿En un subterráneo? ¿Túmulos?

— Sí, hombre. Además de los que están en el claustro, parece que hay otros más antiguos debajo de tierra. . . Yo nunca los vi, no recuerdo. Es verdad que hace años que no voy por Craquéde. Desde pequeño. ¿Tú no sabes?

Benito encogió los hombros.

— ¿Y Rosa no sabrá?

Benito bajó la cabeza dudando.

— Nunca saben nada. Mañana temprano ve á Craquéde y pregunta en la iglesia al sacristán si existe ese subterráneo. Si existe, que lo enseñe á unas señoras, la señora doña Ana Lucena y la señora doña María Mendoza, mi prima María, y que tenga todo barrido, todo decente.

Mas, repasando la carta, reparó en un *post-scriptum* en letra más menuda: «El domingo, la visita será *entre cinco y cinco y media de la tarde*».

Gonzalo pensó: «Esto tiene aspecto de entre-

vista». En la librería, tirando sobre una butaca el sombrero y el bastón, se convenció de que era una entrevista bien clara, bien marcada, y tal vez ni existiese ese subterráneo, y María Mendoza, con su tortuoso talento, lo inventase como natural motivo para escribirle y anunciarle que el domingo, á las cinco y media, la bella doña Ana y sus doscientos mil pesos lo esperaban en Santa María de Craquéde. ¿No le hablara ya la prima María en Oliveira de este mismo asunto? ¿Gustaba de él realmente esa doña Ana? Una emoción, una curiosidad voluptuosa atravesaron á Gonzalo con la idea de que tan hermosa mujer lo deseaba. ¡Ah!, pero lo deseaba para marido; porque si lo apeteciese para amante, ciertamente que no se socorrería de los servicios de doña María Mendoza, ni la prima María, á pesar de ser tan adúladora con las amigas ricas, se prestaría á ello descaradamente como una alcahueta de comedia. Y, ¡caramba!, casarse con doña Ana, no.

Súbitamente ansió conocer la vida de doña Ana. ¿Conservárale ella durante tantos años severa fidelidad al viejo Sanches? Sí, tal vez en la *Feitosa*, en la soledad de los grandes muros de *Feitosa*, porque nunca sobre doña Ana se levantara un rumor en tierrucas tan golosas de rumores malignos. Pero, ¿y en Lisboa? ¿Esos «amigos estimabilísimos» de que se ufanaba el pobre Sanches, el don Juan no sé qué, el pomposo Arronches Manrique y Felipe Lourençal, con su corne-

tin?... Alguno de cierto la cortejara, tal vez el don Juan, por deber tradicional del nombre. ¿Quién le informaría sobre la vida sentimental de doña Ana?

Al comer, pensó de repente en Gouveia. Una hermana de Gouveia, casada en Lisboa con cierto Cerqueira (empleado en la Misericordia), acostumbraba á mandar al hermano relatos íntimos sobre todas las personas conocidas de Oliveira ó de Villa-Clara que vivían en Lisboa y que interesaban al administrador, ó por política ó por pura curiosidad. Por la hermana Cerqueira, el querido Gouveia conocía menudamente los anales de doña Ana durante sus inviernos de Lisboa.

Esa noche, sin embargo, el administrador no fué por el casino, y Gonzalo, desconsolado, recogíase á la Torre, cuando, en el Crucero, lo encontró con Videiriña, sentados ambos en un banco, bajo unas hayas oscuras.

— Llegó á tiempo —exclamó Gouveia—. Estábamos para marchar á mi casa á tomar té. ¿Quiere usted venir también? A usted le gustan mis torradas.

El hidalgo aceptó, á pesar de estar cansado. Por el camino dijo á Gouveia que recibiera una carta de un amigo de Lisboa con una nueva estúpida... ¿El qué? El casamiento de doña Ana Lucena.

Gouveia paróse asombrado, echándose el sombrero hacia atrás.

— ¿Con quién?

Gonzalo, que inventara la carta, inventó el novio.

— Con un vago pariente mío, á lo que parece, un D. Juan Pedroso ó de la Pedrosa. Sanches Lucena me habló muchas veces de él. . . Convián mucho en Lisboa. . .

Gouveia batió las piedras con la contera del bastón:

— No puede ser. ¡Qué disparate! Doña Ana no dispone casamiento siete semanas después de morirle el marido. . . Mire que Lucena murió á mediados de Julio, hombre. Todavía no tuvo tiempo de acostumbrarse á la sepultura.

— Sí, con efecto — murmuró Gonzalo.

Sonreía, pensando con vanidad que siete semanas después de enviudar, olvidando decencia y luto, le ofrecía á él una entrevista en las ruinas de Craquéde.

La mentira, por otra parte, á pesar de ser disparatada, aprovechara, porque, después de subir á casa del administrador, el espanto recomenzó. Videiriña restregaba las manos divertido:

— Mire, señor doctor, que tiene gracia. Si la señora doña Ana, después de coger los doscientos mil pesos del viejote, se engancha al cabo de unas semanas con un rapaz. . .

No, no. Gonzalo también consideraba disparatada la noticia del casamiento, con el pobre Sanches todavía caliente. . .

— Naturalmente, entre ella y ese don Juan había enamoramiento. . . Con efecto, alguien me contó hace ya tiempo que el tal don Juan se lanzara violentamente, como cumple á un don Juan. Y que ella. . .

— ¡Mentira! — atajó el administrador, de bruces sobre la chimenea para encender el cigarro en una vela — ¡Mentira! Lo sé perfectísimamente y por muy buen canal. . . En fin, lo sé por mi hermana. Nunca dió en Lisboa doña Ana motivo para que se murmurase. Muy seria, muchísimo. Está claro que no faltó por allá quien la rondase. Tal vez ese don Juan ú otro amigo del marido, según la buena ley natural. Pero ella nada. Ni mirarlos. Esposa romana, mi amigo, y de los buenos tiempos romanos.

Gonzalo, enterrado en la butaca, torcía lentamente el bigote, recogiendo las revelaciones, y Gouveia, en medio de la sala, con su gesto convencido y superior:

— Y no tiene nada de admirable. Porque estas mujeres muy hermosas son insensibles, mármoles bellos, pero mármoles fríos. No, Gonzaliño; no, Gonzalo: para sentimiento y para alma, y aun para los demás, vengan las mujeres pequeñas, morenas, flacas. Esas si. . . Pero los grandes mujeronos blancos del género Venus, están bien para el Museo.

Videiriña adelantó una duda:

— Una señora tan bonita como la señora doña

Ana, y con aquella sangre, casada con un viejote.

— Hay mujeres que gustan de viejotes, porque ellas mismas tienen sentimientos viejotes — declaró Gouveia con inmensa autoridad é inmensa filosofía.

Pero la curiosidad de Gonzalo no se satisfacía. ¿Y en la *Feitosa*? ¿Nunca se hablara de alguna aventura? Parece que con el doctor Julio...

De nuevo el hidalgo inventaba; de nuevo Gouveia repetía la palabra «mentira»:

— Ni en la *Feitosa*, ni en Oliveira, ni en Lisboa. Por otra parte, es lo que le digo, Gonzalo, mujer marmórea.

Después, recordándola con sumisa admiración:

— Pero como mármol. Ustedes no imaginan la belleza de aquella mujer descotada.

Gonzalo pasmóse:

— ¿Y dónde la vió usted descotada?

— ¿Dónde la vi descotada? En Lisboa, en un baile del Palacio. Hasta fué Lucena quien me consiguió la invitación. Allá me marché de frac... Una vergüenza, toda aquella turba en los bufets gritando por comer pedazos de jamón...

— Pero, ¿y doña Ana?

— Doña Ana estaba hecha una belleza. ¡Santo nombre de Dios, qué hombros, qué brazos, qué pecho y qué blancura, qué perfección...! Al principio, como había mucha gente, estaba en un rincón oculta. Pero cuando la descubrieron, todo

era preguntarse: «¿quién será?», «¡qué encanto!» Todo el mundo perdido por ella, hasta el rey.

Enmudecieron los tres hombres ante el hermoso cuerpo evocado que entre ellos surgía, inundando con el esplendor de su blancura la modesta sala mal alumbrada. Por fin, Videiriña acercó su butaca para contribuir también á la información:

— Pues por mí, lo que puedo afirmar es que doña Ana es una mujer muy aseada, muy limpia.

Como los demás se espantaban de una certeza tan íntima, Videiriña contó que todas las semanas aparecía un mozo de la *Feitosa* en la botica de Pires á comprar tres ó cuatro botellas de agua de Colonia portuguesa, de la receta de Pires.

— Hasta Pires decía, resfregando las manos, que en la *Feitosa* regaban las tierras con agua de Colonia. Después supimos por la criada que doña Ana tomaba todos los días un gran baño de placer. Y en cada baño, ¡zas!, media botella de agua de Colonia.

Entonces Gonzalo sintió como un aborrecimiento de todas aquellas revelaciones del administrador y de Videiriña sobre los descotes y los baños de la linda mujer que lo esperaba entre los túmulos de los Ramires seculares. Sacudió el periódico con que se abanicaba y exclamó:

— Bien; y pasando á cántiga más seria, Gouveia, ¿qué sabe usted del doctor Julio? ¿El hombre trabaja la elección?